

**E**N el comedor le tocó a Tadeo Tchichenikof el turno de referir historias de caza. ¡ Ah! Era sin duda alguna el más rico traficante en maderas de la antigua Lituania, que poseía inmensos bosques, y profesaba gran amor a Feodoro Feodorovitch, con quien había jugado de niño, y al cual había salvado de las garras de un oso que se disponía a abrir el cráneo de aquel camarada, tan sencillamente como se quita un sombrero de una cabeza. En aquel tiempo el padre de Feodoro era gobernador de Curlandia, por la gracia de Dios y del "Padrecito" (1). Tadeo, que tenía trece años cabales, mató al oso con un chuzo; y ya era tiempo. Entre ambas familias se había trabado gran amistad a causa de aquel suceso, y aunque Tadeo no era noble, ni soldado, Feodoro le consideraba como su hermano, y le amaba como a tal. A la sazón Tadeo era el más fuerte traficante en maderas de las provincias occidentales, con su elevada estatura, su rostro graso, oleoso, su cuello de toro y su redonda panza. Todo lo dejó—sus negocios y su familia—después del último atentado, para ir a estrechar entre

---

(1) El Emperador.

sus brazos a su viejo y querido Feodoro. Lo mismo había hecho en cada atentado, sin olvidarlo ni uno solo.

Era un amigo fiel. Pero le desconsolaba no poder cazar el oso como en los tiempos de su juventud. Mas, en primer término, ¿es que todavía hay osos y árboles en Curlandia? ¿Es que todavía había árboles, lo que se llama árboles? Porque él había conocido los viejos e ilustres árboles contemporáneos de los grandes duques de Lituania, árboles gigantes, que proyectaban su sombra a lo lejos sobre las almenas de las quintas. Pero ¿dónde estaban? Es seguro que Tadeo bromeaba, porque él mismo los había cortado muy tranquilamente, para dar combustible a la locomotora. ¡Lo que es el progreso! ¡Ah! Evidentemente, la caza pierde su carácter nacional con esos arbolillos que no tienen tiempo de crecer, y en bosques tan nuevos apenas hay ocasión de matar un par de becadas en "tiaga"; es decir, al aguardo. Al llegar a este punto la divagación de Tadeo, hubo una gran complicación de palabras entre los convidados, a causa de que hay la "tiaga" matutina y la vespertina, y aquellos señores no podían entenderse sobre la preferencia que debían otorgar a una u otra. El champagne corría a oleadas, cuando, empujado por Matrena Petrovna, Rouletabille hizo su entrada. El General, cuyas miradas hacía algunos instantes se dirigían asiduamente hacia la puerta, exclamó, como si ya estuviera prevenido:

—¡Ah, mi querido Rouletabille! ¡Os esperaba! ¡Me habían dicho que ibais a venir a San Petersburgo!

Rouletabille se apresuró a estrecharle las manos como a un amigo a quien se vuelve a ver después de una larga ausencia. Y el repórter fué presentado como un verdadero amigo de París, de quien se conservan gratos recuerdos desde el último viaje a la ciudad lumbreira. Todos pidieron noticias de París como de una población querida.

—¿Cómo va Maxim?—preguntó el excelente Atanasio Georgevitch.

Tadeo había ido una vez a París, y regresó animado por un recuerdo entusiástico para los franceses. Queriendo mostrarse desde luego amable, dijo, acentuando cada palabra, y pronunciando a la moda tudesca, porque era de las provincias occidentales:

—¡Vuestras *gogotas*, caballero! ¡Ah; vuestras *gogotas*!

Matrena Petrovna quiso hacerle callar; pero el otro alegaba su derecho a apreciar el bello sexo de fuera de su país. Había tenido una mujer abotagada, sentimental, llorona, y siempre metida en casa del pope.

Era preciso que Rouletabille dijera lo que pensaba de Rusia; pero todavía no había abierto la boca, pues no le dejaban hablar.

—¡Permitidme!—decía Atanasio Georgevitch.—Vosotros, los de la nueva generación, no podéis haceros cargo... Hay que haber vivido mucho tiempo en todos los países para poder apreciar éste en su justo valor. Rusia, mi joven amigo, es todavía para vos como una carta sellada.

—Es indudable—respondió Rouletabille.

—Pues bien; ¡a vuestra salud! Lo que por el momento puedo deciros sin violar ningún secreto, es que Rusia es un buen diente para el consumo de champagne—continuó el abogado, lanzando una carcajada.—Pero el bebedor más formidable que yo he encontrado, había nacido en las márgenes del Sena. ¡Palabra de honor! ¿No le has conocido, Feodoro Feodorovitch? Era aquel pobre Carlos Dufour, que murió hace dos años en la fiesta de los oficiales de la guardia. Al final del banquete apostó que bebería un vaso lleno de champagne a la salud de cada uno de los convidados. Eran sesenta. Empezó a dar la vuelta a la mesa y la

cosa iba a las mil maravillas hasta el vaso cincuenta y ocho inclusive. Pero al llegar al cincuenta y nueve sobrevino una desgracia: ya faltaba el champagne. Aquel pobre, aquel encantador, aquel excelente Carlos, tomó entonces el vaso de vino dorado del convidado cincuenta y nueve, a quien deseó larga vida; lo vació de un trago, y murmuró: "¡Tokay, 1807", y cayó rígido, muerto. ¡Oh! ¡Aquél sí que conocía bien las marcas! ¡Palabra de honor! Y lo demostró hasta en su último suspiro. ¡Paz a su memoria! Se ha preguntado de qué murió. Para mí, sin duda alguna murió a consecuencia de aquella funesta mezcla. La disciplina es indispensable en todo, y no hay que hacer enojosas mezcolanzas. Si hubiera habido entonces un vaso más de champagne, ahora bebería con nosotros. ¡Viva Francia, caballero! Natacha, hija mía, debías cantar alguna cosita. Boris te acompañará con la guzla, y tu padre quedará muy complacido.

Todas las miradas se dirigieron a Natacha, que se había levantado.

Rouletabille quedó sorprendido de la serena belleza de la joven. Sí; lo que al pronto le asombró fué la perfecta serenidad de aquel rostro, la calma suprema, la tranquila armonía de aquellas nobles facciones. Natacha tendría como veinte años. Abundantes cabellos negros encuadraban su frente de mármol y se ensortijaban en las orejas, que quedaban ocultas bajo ellos. Su perfil era purísimo; su boca, no muy pequeña, y bajo unos labios carnosos y encendidos, descubrían dientes de loba.

Tenía mediana estatura. Al andar, lucía la majestad amable y frágil de las vírgenes que en los pueblos primitivos no doblaban las flores bajo sus pasos. Pero toda su gracia parecía haberse condensado en los ojos, de sombrío y profundo color azul. La impresión que causaba Natacha

era muy compleja, y en verdad no hubiera podido decirse si la calma con que se complacía en adornar el gesto más insignificante de su belleza era resultado de un esfuerzo de su voluntad, o del más encantador descuido.

Fué a descolgar la guzla, y se la ofreció a Boris, que en seguida hizo en ella algunos preludios quejumbrosos.

—¿Qué queréis que cante?—preguntó la joven, apoyándose en el respaldo del sillón donde estaba tendido su padre, y llevándose a los labios la mano del General, que besó filialmente.

—Improvisa—dijo el General.—Improvisa algo en francés, en honor de nuestro huésped.

—Sí—le rogó Boris;—improvisad como la otra noche.

Y entretanto, tocaba en el instrumento una lenta me-lopea.

Natacha cantó, mirando a su padre:

"Cuando llegue el momento de separarnos al fin de la jornada, que el ángel del sueño te cubra con sus azules alas.

"Que tus ojos descansen de tantas lágrimas, y que la calma apacigüe tu oprimido corazón.

"Que cada momento de nuestras pláticas haga vibrar en tu alma, ¡oh padre querido!, una dulce y mágica armonía.

"Y cuando tu pensamiento haya huído hacia otros mundos, que mi imagen se incline sobre tus párpados dormidos."

Natacha tenía la voz extremadamente dulce y de penetrante encanto. Las palabras que modulaba debían de tener para los circunstantes una significación precisa, porque manifestaban intensa emoción, y había lágrimas en todos los ojos, excepto en los de Miguel Korsakof, el segundo oficial ayudante, que le pareció a Rouletabille hombre de corazón duro y poco accesible a los dulces sentimientos.

—Feodoro Feodorovitch—dijo Miguel cuando la voz de la joven hubo extinguido su último suspiro en la vibración de la guzla;—Feodoro Feodorovitch es un hombre, un glorioso soldado *que puede dormir en paz*, porque ha trabajado bien por el Czar y por la patria.

—¡Sí, sí; ha trabajado bien! ¡Glorioso soldado!—repitieron Atanasio Georgevitch e Iván Petrovitch.—*¡Puede dormir en paz!*

—Natacha ha cantado como un ángel—dijo con tímida voz Boris, el primer oficial ayudante.

—¡Como un ángel, Boris Nikolaiivitch! Pero ¿por qué habla de corazón oprimido? Yo no veo que el general Trebassof tenga oprimido el corazón—añadió con energía Miguel Korsakof, vaciando su vaso.

—Ni nosotros tampoco—dijeron los demás.

—De todos modos, una hija puede anhelar una buena noche para su padre—declaró con cierto buen sentido Matrena Petrovna.—Natacha nos ha conmovido a todos. ¿No es verdad, Feodoro Feodorovitch?

—¡Ah! Yo he llorado—confesó el General.—Pero bebamos un buen trago de champagne para reponernos. ¡Vamos a pasar por pazguatos a los ojos de mi joven amigo!

—No lo creáis—dijo Rouletabille.—También a mí me ha impresionado profundamente esta joven. Es una artista, una gran artista. Y una gran poetisa—añadió.

—¡Es de París, y entiende de eso!—dijeron todos.

Y bebieron.

Y entonces hablaron de música, con gran conocimiento de las cosas de la ópera. Uno tras otro se sentaron varios al piano, y recordaron algún motivo, que los convidados acompañaron primero a media voz, y después con toda la fuerza de sus pulmones. Luego bebieron otra vez, con gran

estrépito de conversación y alborozo. Iván Petrovitch y Atanasio Georgevitch se levantaron para besar en la boca al General. Rouletabille se hallaba ante una colección de niños grandes que se divertían con increíble inocencia, y que bebían de un modo más increíble aún. Matrena Petrovna fumaba sin cesar cigarrillos de tabaco rubio, se levantaba a cada instante, daba inquieta una vuelta por los salones, y después de haber interrogado a los criados consideraba largamente a Rouletabille, que no cambiaba de actitud ni de sitio, atento a las palabras y gestos de cada cual. Por último se sentó suspirando cerca de Feodoro, y le preguntó por el estado de su pierna mala. Miguel y Natacha sostenían en un rincón animada charla, y Boris por su parte miraba con impaciencia arañando la guzla. Pero lo que más sorprendía al espíritu juvenil de Rouletabille, era, seguramente, el aspecto poco feroz del General. No se había figurado al terrible Trebassof con aquel simpático y placentero rostro paternal.

Algunos periódicos de París habían publicado terribles retratos suyos, más o menos auténticos, pero en los cuales el arte del fotógrafo o del grabador subrayó cuidadosamente las duras facciones de un hombre poco accesible a la piedad.

Por lo demás, aquellas imágenes estaban en perfecta armonía con la idea que había derecho a forjarse del verdugo del Gobierno del Czar en Moscovia, del hombre que durante ocho días—la “semana roja”—había hecho entre estudiantes y obreros tantas víctimas, que en vano más tarde las Facultades y las fábricas habían vuelto a abrir de nuevo sus puertas: hubiera sido necesario resucitar a los muertos para poblar aquellos desiertos.

Terribles días de batalla, en que las falanges de una y otra parte se entregaban a la carnicería y al incendio, en

que Matrena Petrovna y su hijastra Natacha (también esto se había contado en los periódicos) se habían arrodillado a los pies del General, implorando gracia para los últimos revolucionarios refugiados en el barrio de Presnia, gracia que también les fué negada. “¡ La guerra es la guerra!—les respondió el General con lógica irrefutable.—¿Cómo queréis que haga merced a gente que no se rinde?”

En efecto; había que hacer a los jóvenes de las barricadas la justicia de reconocer que no se habían rendido, y a Trebassof, la de que los había fusilado decorosamente. “Si yo hubiese atendido a mi interés—dijo el General a un periodista de París,—habría sido con estos señores dulce como un cordero, y en la actualidad no estaría condenado a muerte. Después de todo, no sé de qué me acusan: he servido a mi señor como hombre valiente y leal; nada más, y después de la batalla he dejado a otros la tarea de perseguir a los niños entre las faldas de sus madres. Se habla de la represión de Moscovia: hablemos de la Commune, señor parisiense. He aquí una tarea que yo no hubiera realizado: aniquilar en los patios a un pueblo de hombres, mujeres y niños que no hacen resistencia. Soy un rudo y fiel soldado de Su Majestad, pero no un monstruo, y tengo, querido amigo, el sentimiento de la familia. Decídselo a vuestros lectores, si es que eso puede complacerlos, y no me preguntéis más, porque parecería que tengo miedo de ser condenado a muerte, y yo desprecio la muerte.”

Si; lo que dejaba estupefacto a Rouletabille era aquella bondadosa faz de un condenado a muerte, que parecía gozar tan tranquilamente la vida. Cuando el General no alentaba la algazara de sus amigos, conversaba con su mujer y su hija, que le adoraban, que no cesaban de besarle las manos, y parecía completamente feliz. Con su enorme mosta-

cho gris, su tez rosada y sus ojillos penetrantes y risueños, parecía el tipo perfecto del papá mimado.

El repórter examinaba aquellos tipos tan diferentes, y hacía sus observaciones simulando un hambre insaciable, que, por otra parte, le servía para conquistar definitivamente la estimación de los huéspedes de la quinta de las Islas; pero en realidad todo lo entregaba a la voracidad de un enorme perro bull-dog, que debajo de la mesa le hacía mil fiestas. Como Trebassof había rogado a sus amigos que dejasen al joven extranjero satisfacer en paz su bulimia, nadie se cuidaba de él. Finalmente, la música había acabado por distraer la atención de todos, y en cierto momento Matrena Petrovna se quedó petrificada, cuando al volver la cabeza hacia el sitio que ocupaba nuestro joven, no vió a Rouletabille. ¿Adónde había ido? La dama salió, entró en la galería, no se atrevió a decir nada, volvió al salón grande, y encontró al repórter en el momento en que salía del saloncillo.

—¿Dónde estáis?—le preguntó?

—Este saloncillo es verdaderamente encantador, y está decorado con exquisito arte—dijo Rouletabille.—Se diría que era un tocador.

—En efecto; sirve de tocador a mi hijastra, cuyo cuarto da directamente a este saloncillo. Ved su puerta. Es de todo punto excepcional que se haya puesto aquí la mesa de los *zakouskis*; pero desde hace algún tiempo la galería se había convertido en estancia de la policía.

—¿Es buen guardián vuestro perro, señora?—preguntó Rouletabille, acariciando al animal, que le había seguido.

—*Khor* es fiel, y los años pasados siempre nos ha guardado bien.

—¿Y ahora descansa?

—Vos lo habéis dicho, mi querido amigo. Kuprian ha

dispuesto que le encierren en la portería, para que no ladre de noche. Seguramente, temía que si se le dejaba en libertad, devorase a alguno de sus agentes, lo que muy bien podía suceder de noche en el jardín. Entonces se me ocurrió que se acostara en casa, delante de la puerta de su amo, o aun al pie de su lecho; pero Kuprian replicó:

“¡No, no; nada de perros! ¡No contéis con él! ¡No hay nada tan peligroso como fiarse de los perros!” Entonces encerraron a *Khor* por la noche; pero no he comprendido a Kuprian.

—M. Kuprian tiene razón—dijo el repórter.—*Los perros sólo son buenos contra los extraños.*

—¡Oh!—dijo la buena señora, volviendo la cabeza.—Kuprian conoce bien su oficio, y piensa en todo. Venid—agregó rápidamente, como si hubiera querido ocultar su confusión,—y no salgáis, como ahora, sin avisarme. En el salón reclaman vuestra presencia.

—Os exijo que en el acto me habléis de ese atentado.

—¡En la sala, en la sala! ¡No puedo remediarlo!—dijo bajando la voz.—¡No puedo dejar solo al General *en el entarimado!*

Empujó a Rouletabille hacia la sala, donde aquellos señores se contaban extrañas historias de *kouliganes* (1) que los hacían reír a carcajadas. Natacha seguía conversando con Miguel Korsakof; Boris, que no apartaba de ellos los ojos, estaba pálido como la cera, inclinado sobre la guzla, que inconscientemente arañaba de vez en cuando. Matrena obligó a Rouletabille a sentarse en un extremo del canapé, cerca de ella, y contando por los dedos, como una excelente ama de gobierno que nada olvida en sus cálculos domésticos,

—Ha habido tres atentados—dijo.—Primero dos en

(1) Bandidos rusos.

Moscovia. Uno de ellos ocurrió muy sencillamente. El General sabía que estaba condenado a muerte. Por la tarde le habían llevado al palacio los pasquines revolucionarios que daban la noticia a la población de la ciudad y de los campos. Feodoro, que se disponía a salir, inmediatamente despidió a su escolta, y dió orden de que le preparasen el trineo. Le pregunté temblando cuáles eran sus designios, y me contestó que iba a pasearse tranquilamente por todos los barrios de la ciudad, para demostrar a los moscovitas que no se intimida fácilmente a un gobernador nombrado con arreglo a la ley por el Emperador, y que tiene conciencia de haber cumplido su deber. Eran cerca de las cuatro; llegaba a su término aquel día de invierno, que había sido claro, trasparente y muy frío.

”Me envolví en mis pieles, y subí al trineo al lado del General, que me dijo: “Está muy bien, Matrena; esto causará muy buen efecto entre esos imbéciles.” Y partimos. Primero bajamos a lo largo del Naberjuaia. El trineo volaba como el viento. El General dió un golpe en la espalda del *koudchar*, gritándole: “¡Más despacio! ¡Van a creer que tenemos miedo!” Casi paso a paso, subiendo por detrás de la iglesia de la Protección y de la Intercesión, llegamos a la plaza Rouge. Hasta allí, los pocos paseantes que encontramos nos habían mirado, y después de habernos reconocido, se habían apresurado a huir. En la plaza Rouge no había más que un grupo de mujeres delante de la Virgen de Iberia. Inmediatamente que nos vieron, y en seguida de reconocer la librea del gobernador, aquellas mujeres se dispersaron como una bandada de cornejas, lanzando gritos de terror. Feodoro reía tan fuerte, que bajo la bovedilla de la Virgen su risa parecía hacer temblar a las piedras. Yo estaba muy serena, mi querido amigo.

"Nuestro paseo continuó sin incidentes notables. La ciudad estaba casi desierta. Todavía pesaba sobre los ánimos el recuerdo de la batalla en las calles. Feodoro decía: "¡Ah! ¡Hacen el vacío en derredor de mí! Sin embargo, no saben cuánto los amo!" Y durante todo el paseo me dijo otras cosas encantadoras y delicadas.

"Por último, hablábamos quedo bajo las pieles en el trineo, cuando pasamos de la plaza Koudrinsky a la calle Koudrinsky. Eran las cuatro en punto, y a ras de la nieve helada iba condensándose una ligera neblina; las casas se percibían a derecha e izquierda como grandes masas de sombra. Nos deslizábamos sobre la nieve como un barco en la corriente de un río en tiempo de niebla. De pronto oímos penetrantes gritos, y vimos sombras de soldados que se agitaban ante nosotros con ademanes agrandados por la bruma; sus cortos látigos parecían enormes, y caían como garrotes sobre otras sombras. El General hizo parar el trineo, y bajó para ver qué ocurría. Yo descendí con él. Eran soldados del famoso regimiento Semenowsky, que conducían dos prisioneros, un hombre joven y un niño. El pequeño recibía golpes en la nuca; se había tirado al suelo, y lanzaba gritos desgarradores. A lo más, podría tener nueve años. El otro, el joven, estaba de pie, y andaba sin responder con una sola queja a los latigazos que descargaban sobre él. Yo estaba indignada. No dejé tiempo a mi marido para abrir la boca, y dije al suboficial que mandaba el destacamento: "¿No te avergüenzas de maltratar así a un niño y a un cristiano que no pueden defenderse?" El General me dió la razón. Entonces el suboficial nos dijo que el niño acababa de matar en la calle a un subteniente descargando un revólver, que nos enseñó, el más grande que he visto en mi vida, y que para la mano de aquel niño debía de pesar como un cañón. Era increíble.

—¿Y el otro—preguntó el General—qué ha hecho?

—"Es un estudiante peligroso—respondió el suboficial,—que por sí mismo ha venido a constituirse prisionero por habérselo prometido a la propietaria de la casa donde habita, a fin de evitar que la demoliesen a cañonazos.

—"Está bien; pero ¿por qué le pegáis?

—"Porque nos han dicho que es un estudiante peligroso.

—"Eso no es una razón—respondió sabiamente Feodoro.—Será fusilado si lo merece, y el pequeño también; pero os prohibo que les peguéis. Se os han dado látigos, no para apalear a prisioneros aislados, sino para someter a la multitud que no obedezca las órdenes del gobernador. En ese caso, os gritarán: "¡Cargad!", y ya sabéis lo que tenéis que hacer. ¿Me habéis comprendido?—concluyó Feodoro con voz ruda.—Soy el general Trebassof, vuestro gobernador.

"Lo que Feodoro acababa de decir era muy humano; y, sin embargo, fué por ello bien mal recompensado en verdad. Y el estudiante era sin duda alguna peligroso, porque tan pronto como oyó decir a mi marido: "Soy el general Trebassof, vuestro gobernador", exclamó: ¡Ah! ¿Eres tú Trebassof? Y sacando un revólver, no se sabe de dónde, disparó sobre el General casi a quemarropa. Por fortuna, el General no fué herido, ni tampoco yo, que estaba a su lado, y que me lancé sobre el brazo del estudiante para desarmarle, y rodé a los pies de los soldados en la batalla que libraban en torno del estudiante, mientras el revólver continuaba disparándose. Hubo tres soldados muertos. Comprenderéis que los otros estaban furiosos. Me levantaron prodigándome mil excusas, y en el acto empezaron a dar coces y porrazos en los riñones del estudiante, que también había caído en tierra; el suboficial le azotó la cara con un latigazo que pudo haberle hecho saltar ambos ojos.

Entonces Feodoro dió un fuerte puñetazo en la cabeza al suboficial, diciéndole: "¿No has oído lo que te he dicho?" El soldado cayó aturcido, y Feodoro le echó por sí mismo en el trineo con los muertos. Luego se puso al frente de los soldados, y condujo el destacamento al cuartel. Yo formaba la retaguardia. Una hora después regresábamos a Palacio. Era ya completamente de noche, y casi en el umbral de palacio nos pasó por las armas una pequeña tropa revolucionaria que desfilaba a la carrera en dos trineos, y que desapareció en la noche sin que fuera posible darle alcance. Yo tenía una bala en mi gorra. El General no sufrió nada; pero nuestras pieles estaban perdidas a causa de la sangre de los soldados muertos, que habían olvidado limpiar, y que inundaba el trineo. Tal fué el primer atentado, que no significa gran cosa—afirmó Matrena,—porque entonces estábamos en plena guerra. Algunos días después *es cuando se trató de asesinato.*

En este punto entró Ermolai con cuatro botellas de champagne bajo los brazos, y Tadeo golpeaba en el piano como un sordo.

—¡Pronto, señora, el segundo atentado!—dijo Rouletabille, que tomaba notas apresuradamente en el puño de la camisa, a la vez que no cesaba de mirar a los convidados y escuchaba a Matrena aguzando el oído.

—El segundo ocurrió también en Moscovia. Habíamos comido alegremente, porque pensábamos que iban a volver los días tranquilos, y que los buenos ciudadanos gozarían de paz. Boris había rasgueado la guzla y cantado coplas de Orel para complacerme, porque es un simpático muchacho. Natacha había ido no sé adónde. El trineo nos esperaba a la puerta. Subimos a él. Casi instantáneamente resonó un espantoso estruendo, y el General y yo

fuiamos lanzados a la nieve. No quedaban rastros del trineo ni del cochero; los dos caballos estaban despanzurrados: dos magníficos caballos píos, mi querido amigo, que el General estimaba mucho. En cuanto a Feodoro, tenía profundas heridas en la pierna derecha: la pantorrilla era una masa sangrienta. Yo salí con un hombro algo rozado; casi nada. Habían puesto la bomba bajo el asiento del infeliz cochero, del cual sólo se encontró el sombrero en medio de un mar de sangre. De resultas de este atentado, el General permaneció en cama dos meses. Al segundo mes fueron detenidos dos *dvornicks*, a quienes yo sorprendí una noche en la meseta del primer piso, donde no tenían nada que hacer, y a consecuencia de esto hice que vinieran para servirnos nuestros antiguos criados de Orel. Se demostró que los *dvornicks* de que hablo tenían relación con los revolucionarios, y fueron ahorcados. El Emperador había nombrado un gobernador interino, y, hallándose el General muy mejorado, decidimos salir de Rusia, y que terminara su convalecencia en el Mediodía de Francia. Tomamos el tren para San Petersburgo; pero el viaje ocasionó a mi marido violenta fiebre, y volvió a abrirse la herida de la pierna. Los médicos le ordenaron reposo absoluto, y vinimos a instalarnos en esta quinta de las Islas. Desde nuestra llegada apenas ha pasado día en que el General no haya recibido una carta anónima asegurándole que nada podrá librarle de la venganza de los revolucionarios. Es valiente, y se limita a sonreír; pero yo sé bien que mientras permanezcamos en Rusia no tendremos un instante de seguridad. Así, velo por él y no dejes que nadie se le acerque, fuera de sus amigos íntimos y su familia. He mandado venir a una anciana que me ha educado, a Ermolai y a los *dvornicks* de Orel. Hace dos meses ocurrió el último atentado. Entre todos, es el que más me ha asustado, porque

empieza a descubrir un misterio que todavía, ¡ay de mí!, no se ha esclarecido.

Atanasio Georgevitch debía de haber contado "algo bueno", porque todos estallaron en sonoras risas. Feodoro Feodorovitch reía de tal modo, que lloraba. Mientras Matrena seguía hablando, Rouletabille pensaba:

—Nunca he visto gentes tan alegres; y, sin embargo, no ignoran que corren peligro de volar todos en cualquier instante.

El General, que no había cesado de observar a Rouletabille, el cual observaba a todo el mundo, le dijo:

—¡Eh, señor periodista! ¿Os parecemos alegres?

—Me parecéis muy bravos—dijo Rouletabille bajando la voz.

—¿Por qué?—preguntó sonriendo Feodoro Feodorovitch.

—Os pido perdón por pensar en cosas que parecéis haber olvidado enteramente.

Y le señaló la pierna víctima del penúltimo atentado.

—¡Cosas de la guerra!—exclamó el General.—¡Una pierna por aquí, un brazo por allá!... Pero reparad que, aun así, vamos tirando. Acabarán por cansarse y concederme la paz. ¡A vuestra salud, amigo mío!

—¡A la vuestra, General!

—Ya comprenderéis—continuó Feodoro Feodorovitch—que no hay motivo para asombrarse. Nuestro oficio es defender el Imperio con peligro de nuestra vida, y todo esto nos parece muy natural. Sólo que no hay para qué gritar ¡al ogro! Ogros he conocido yo en el otro campo, que a todas horas hablaban de amor, y que han sido más feroces de lo que podéis imaginar. ¡Ah! Lo que han hecho con mi pobre amigo el jefe de Seguridad Boichlikof no es en verdad recomendable. ¡Aquél sí que era bravo! Por la no-

che, concluida su tarea, salía de la oficina de la Prefectura, e iba a reunirse con su mujer y sus hijos en un piso de la calle de los Lobos. ¿Creeréis que aquel cuarto no estaba vigilado? ¡Ni un soldado, ni un guardia! Los otros hicieron una linda hazaña. Una noche, veinte revolucionarios, después de haber ahuyentado a los *dvornicks* despavoridos, subieron a su casa. Mi amigo comía en familia. Llamaron a la puerta, y fué a abrir. Vió de qué se trataba, y quiso hablar; pero no le dieron tiempo. Delante de su mujer y de sus hijos, que locos de terror se arrodillaron a los pies de los revolucionarios, le leyeron la sentencia de muerte. ¡Ved qué final de cena!

Al oír estas palabras Rouletabille palideció, y sus ojos se dirigieron a la puerta, como si temiera verla abrirse y dar paso a los feroces nihilistas, uno de los cuales, con un papel en la mano, se dispusiera a leer la sentencia de muerte de Feodoro Feodorovitch. El estómago de Rouletabille no estaba hecho todavía a la digestión de semejantes historias. El joven estaba bien cerca de arrepentirse de haber tomado sobre sí la terrible responsabilidad de alejar momentáneamente a la policía. Después de lo que Kuprian le había contado acerca de lo que ocurría en aquella casa, no vaciló en arriesgar un golpe de audacia; pero, de todos modos, aquellas historias de nihilistas que aparecían al fin de una comida con sentencias de muerte en la mano, estremecían su corazón. ¡Ah; era un golpe de audacia haber despedido a la policía!

—Entonces—preguntó, sobreponiéndose a su emoción y recobrando la confianza en sí mismo,—¿qué hicieron después de la lectura?

—El jefe de Seguridad sabía que no tenía que esperar gracia alguna. No la pidió. Los revolucionarios ordenaron a Boichlikof que diera un adiós a su familia. Levantó a su

mujer y a sus hijos, los abrazó, les aconsejó que tuvieran valor, y dijo a los otros que estaba pronto. Le hicieron bajar a la calle, le colocaron de espaldas a la pared, y resonó una descarga. La mujer y los hijos estaban en la ventana, y bajaron a recoger el cuerpo del infeliz, acribillado por veinticinco balas.

—Es exactamente el número de heridas que se descubrieron en el cuerpo del joven Jacobo Zlovikszky—dijo Natacha con su voz tranquila.

—¡Oh! ¡Siempre encuentras para ellos toda clase de excusas!—refunfuñó el General.—El pobre Boichlikof había cumplido su deber, como yo he cumplido el mío.

—Tú, papá, has procedido como soldado. Eso es lo que los revolucionarios no debieran olvidar. Pero no temas nada por nosotras, padre, porque si te matan, todos moriremos contigo.

—¡Y muy alegremente!—declaró Atanasio Georgevitch.—¡Pueden venir esta noche! ¡Estamos dispuestos!

Y diciendo esto, Atanasio llenó los vasos.

—Sin embargo—dijo tímidamente el comerciante en maderas Tadeo Tchichnikof,—permitidme decir que ese Boichlikoff fué bastante imprudente.

—¡Caramba, sí; muy imprudente!—exclamó Rouletabile.—Cuando se ha hecho meter veinticinco balas en el cuerpo de un niño, hay que guardarse cuidadosamente en casa, si se quiere comer en paz.

Al decir esto tosió, porque, después de lo que había hecho con la guardia del General, le parecía mucha audacia emitir semejantes conclusiones.

—¡Ah!—exclamó vigorosamente Atanasio Georgevitch con su más hermosa voz del Tribunal.—¡No fué im-

prudencia, sino desprecio a la muerte! Sí; el desprecio a la muerte es lo que le ha matado, como el desprecio a la muerte es lo que en este momento nos conserva a todos en perfecta salud. ¡A la vuestra, señoras y caballeros! ¿Conocéis en el mundo algo más bello, más grande que el desprecio a la muerte? Mirad a Feodoro Feodorovitch, y respondedme. ¡Está soberbio! ¡Palabra de honor! ¡A la vuestra! Los revolucionarios, que no son todos de la policía, serán de mi opinión en lo que concierne á nuestro héroe. Pueden maldecir a los *tchinownik*s que ejecutan las terribles órdenes que vienen de lo alto; pero los que no son de policía (creo que en ella hay algunos), éstos reconocerán que hombres como el jefe de Seguridad, nuestro difunto amigo, son bravos.

—Ciertamente—agregó el General.—Señalados como blanco de todos los golpes, para pasearse en un salón necesitan más heroísmo que un soldado en el campo de batalla.

—Yo he conocido algunos de esos hombres—replicó Atanasio, que se exaltaba,—y siempre he visto en todos la misma imprudencia, si queréis, como dice el joven francés. Algunos días después del asesinato del jefe superior de la policía de Moscovia, que fué muerto en un salón a tiros de revólver, fuí recibido por su sucesor en el mismo sitio donde el otro había sido inmolado; y aunque no me conocía, no tomó respecto de mí más precauciones que con relación a algunas gentes de la clase media que iban a formular peticiones. Sin embargo, en condiciones absolutamente idénticas había caído su antecesor. Antes de separarme de él, consideré el pavimento donde tan recientemente se desarrolló una agonía. Habían puesto allí un pequeño tapiz; sobre el tapiz, una mesa, y en la mesa había un libro. ¿Sabéis cuál? *Calce-*

*tines para señoras*, de Willy. ¡A vuestra salud, Matrena Petrovna! ¡Nichevó! (1).

—Vosotros mismos, amigos míos—declaró el General,—dais pruebas de gran valor viniendo a compartir conmigo las pocas horas que me quedan de vida.

—¡Nichevó! ¡Nichevó! ¡Eso es la guerra!

—¡Sí, es la guerra!

—¡Oh! ¡No hay que exagerar, Atanasio!—dijo Tadeo modestamente.—¿Qué peligro corremos aquí? Estamos bien guardados.

—Estamos guardados por la mano de Dios—declaró Atanasio,—porque la policía... no me inspira confianza.

Miguel Korsakoff, que había ido a dar una vuelta por el jardín, entró en aquel momento.

—Regocijaos, pues, Atanasio Georgevitch—dijo.—No hay policías en la quinta.

—Pues ¿adónde han ido?—preguntó inquieto el traficante en maderas.

—Han venido a buscarlos por orden de Kuprian—dijo Matrena Petrovna, que hacía grandes esfuerzos por parecer tranquila.

—¿Y no los han reemplazado?—preguntó Miguel.

—No. ¡Es incomprendible! Ha debido de haber alguna confusión en las órdenes dadas—añadió Matrena ruborizándose, porque no sabía mentir, y muy contra su gusto inventaba aquella fábula sobre las órdenes de Rouletabille.

—¡Pues bien; tanto mejor!—concluyó el General.—¡Eso me da el gusto de ver mi morada libre de esa gente durante algún tiempo!

(1) ¡Eso no vale nada! ¡Qué importa! (Palabra muy usada en Rusia.)

Atanasio, naturalmente, fué del parecer del General; y como Tadeo, Iván Petrovitch y los oficiales se ofrecieron a pasar la noche en la quinta y reemplazar a la policía ausente, Feodoro Feodorovitch sorprendió un gesto de Rouletabille, que rechazaba la idea de aquella nueva guardia.

—¡No, no!—exclamó el General, recobrando su voz brusca.—Os retiraréis a la hora acostumbrada. Ahora quiero entrar en la normalidad de las cosas. ¡Palabra! Vivir como de ordinario. ¡Ya veremos! Es un asunto arreglado entre Kuprian y yo. Después de todo, Kuprian está menos seguro de sus hombres que yo de mis criados. Ya me habéis comprendido: no tengo necesidad de decir más. Iréis a acostaros, y todos dormiremos. Es la consigna. Además, no hay que olvidar que el puesto de guardabosques está a dos pasos de aquí, en un recodo del camino, y que no tenemos más que hacer una señal para que acudan todos. ¡Pero nada de agentes secretos; nada de policía especial! ¡No, no! ¡Buenas noches! ¡Id a acostaros!

No insistieron más. Cuando Feodoro decía: “¡Es la consigna!”, no había lugar a más, ni siquiera a una palabra de cortesía. Pero antes de irse a la cama salieron a la galería, donde los licores estaban servidos por el valiente Ermolai. Matrena rodó hasta allí el sillón del General, que repetía:

—¡No, no! ¡Nada de policía! ¡Fuera esa gente! ¡Eso trae la desgracia!

—¡Feodoro!—suspiró Matrena, que a pesar de todo era preña de viva inquietud.—¡Velan por tu cara vida!

—¡Sólo me es cara por ti, Matrena Petrovna!

—¿Y por mí no, papá?—dijo Natacha.

—¡Oh Natacha!

Y besó las manos de una y otra. Era un conmovedor espectáculo de familia.

De tiempo en tiempo, mientras Ermolai servía los licorres, Feodoro golpeaba con la mano el aparato que le envolvía la pierna.

—¡Esto va mejor!—decía.—¡Va mejor!

Y luego extendióse por su ceñuda faz una gran melancolía, viendo cómo descendía la noche sobre las Islas, la noche dorada de San Petersburgo.

Aún no había llegado el período que se llama allí de las "noches blancas", noches en que no reinan las tinieblas; pero ¡qué bellas eran aquellas noches luminosas, acariciadas en el golfo de Finlandia casi al mismo tiempo por los últimos y los primeros rayos del Sol! Desde la galería se divisaba uno de los más lindos rincones de las Islas; y la hora era tan dulce, que su encanto se hacía sentir inmediatamente en aquellos seres, algunos de los cuales, como Tadeo, todavía estaban muy cerca de la Naturaleza. Él fué el primero que interpeló a Natacha, diciéndole:

—¡Natacha, cántanos tu *Noche de las Islas!*

La voz de la joven resonó suavísimamente en la paz de las Islas, bajo la bóveda trasparente y tenue de la rosada noche, acompañada por la guzla de Boris. Natacha cantó:

"¡Ésta es la noche de las islas en el Norte del mundo!  
¡El cielo oprime con sus límpidos brazos el seno de la Tierra!

"¡Noches formadas por los besos rosados que la aurora da al crepúsculo!

"El aire de la noche es suave y fresco sobre las tremulaciones del golfo, como el aliento de las muchachas del Norte del mundo.

"Entre los dos horizontes inflamados se sumerge, resur-

ge inmediatamente y rueda el Sol, como pelota de los dioses del Norte del mundo.

"En este instante, amigo mío, en que a solas te veo entre las sombras de la rosada noche, ¡responde! ¡Responde con un suspiro menos tímido al saludo acostumbrado de las *buenas noches!*

"¡El cielo oprime con sus límpidos brazos el seno de la Tierra en el Norte del mundo!"

¡Ah! ¡Cómo la miraban cantar Boris Nikolaiovitch y Miguel Korsakoff! En verdad, no es posible sospechar la tempestad o el amor que se oculta en un corazón eslavo bajo un uniforme militar, aunque el soldado toque galantemente la guzla como el correcto Boris, o se atuse el mostacho con dedos elegantes y perfumados, como el indiferente Miguel.

Ya Natacha había concluído de cantar, y todavía la escuchaban. Los convidados de la terraza alargaban hacia ella los oídos extasiados, y los muñecos de porcelana sentados en el césped del jardín, según la moda de las Islas, hubieran querido erguirse sobre sus piernecillas para oír mejor deslizarse el armonioso suspiro de Natacha en las rosadas noches del Norte del mundo.

Durante este tiempo Matrena Petrovna vagaba por la casa desde la cueva al granero, velando por el espeso como una perra de presa, pronta a morder, a afrontar todos los peligros, a recibir todos los golpes, a morir por su dueño...

y buscando por todas partes a Rouletabille, que otra vez había desaparecido.